

// Revista *Espejo*

Fragmentos Nocturnos



Alban Berg

Terceto

// Pablo Montoya

Suspendido en el humo marca el horizonte. Su mirada la forjan noches sin fondo en las que todo se dice con una lengua de piedra derruida. Creemos dormir cuando el estrépito de sus alas nos arroja a la vigilia. Estamos desnudos como él e indefensos como su queja desprovista de voz. Su figura la vemos levantada a veces en el vértice de las techumbres más altas, la forman vértigos de astros, también la catástrofe.

Hugh Ferriss

Terceto

// Pablo Montoya

Ayudada por luces de proyectores, sombra que no cesa y es inabarcable, la ciudad produce extrañas sensaciones, acostumbrarse a ella lleva tiempo. Pero cuando se logra, uno termina volviéndose normal. Es decir, un hombre devorado por la fatiga y el insomnio. En ocasiones, al mirar desde el balcón las calles delineadas abajo, me he preguntado por las intenciones de quien creó estos espacios.

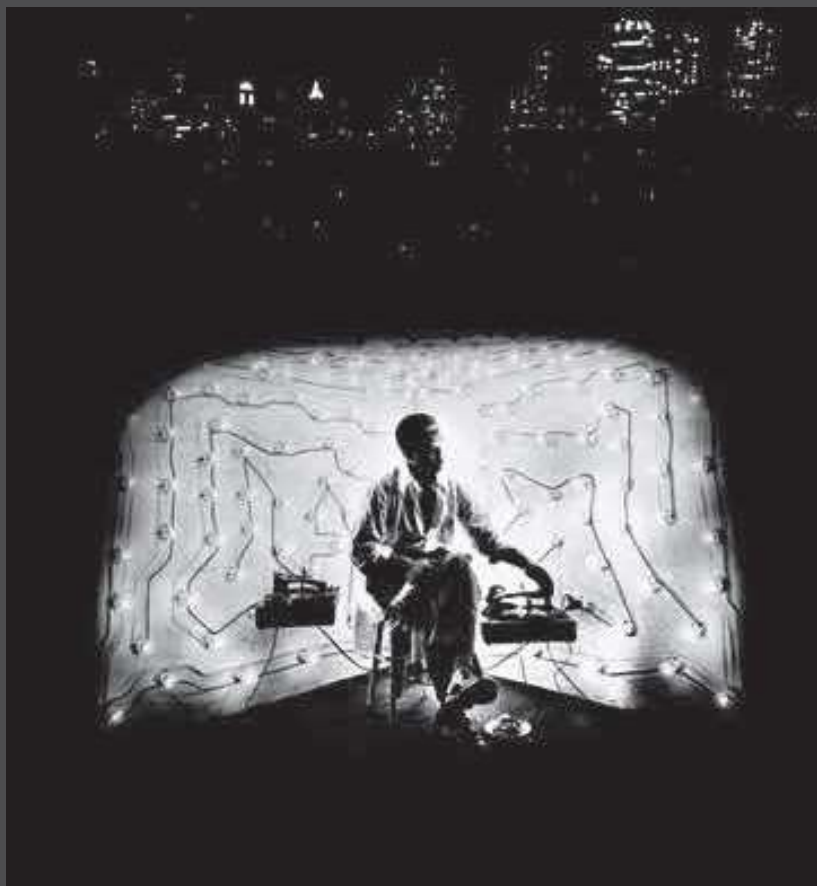


LA CASA DE LAS BELLAS DURMIENTES

// Yasunari Kawabata

Con la llave todavía en la mano, Eguchi encendió un cigarrillo. Dio una o dos chupadas y lo apagó; pero fumó otro hasta el final. No era tanto porque se estuviera ridiculizando a sí mismo por su ligera aprensión como por el hecho de sentir un vacío desagradable. Solía tomar un poco de whisky antes de acostarse. Tenía un sueño precario, con tendencia a las pesadillas. Una poetisa muerta de cáncer en su juventud había dicho en uno de sus poemas que para ella, en las noches de insomnio, “la noche ofrece sapos, perros negros y cadáveres de ahogados”. Era un verso que Eguchi no podía olvidar. Al recordarlo ahora se preguntó si la muchacha dormida -no, narcotizada- de la habitación contigua podría ser como el cadáver de un ahogado; y vaciló un poco en acudir a su lado. No le habían dicho cómo la sumían en el sueño. En cualquier caso,

estaría en un letargo anormal, sin conciencia de cuanto ocurriera a su alrededor, y por ellos podría tener la piel opaca y plomiza de una persona atiborrada de drogas. Podría tener ojeras oscuras y marcarse sus costillas bajo una piel reseca y marchita. O podría estar fría, hinchada, tumefacta. Podría roncar ligeramente, con los labios abiertos, dejando entrever unas encías violáceas. Durante sus sesenta y siete años el viejo Eguchi había pasado noches ingratas con mujeres. De hecho, las noches ingratas eran las más difíciles de olvidar. Lo desagradable no tenía nada que ver con el aspecto de las mujeres, sino con sus tragedias, sus vidas frustradas. A su edad, no quería añadir al historial otro episodio semejante. De este modo discurrían sus pensamientos, al borde de la aventura. Pero, ¿podía haber algo más desagradable que un viejo acostado durante toda la noche junto a una muchacha narcotizada, inconsciente? ¿No habría venido a esta casa buscando lo sumo en la fealdad de la vejez?





La Sombra

// Marvel Moreno

REPASO NOCTURNO

// Octavio Paz

Toda la noche batalló con la noche,
ni vivo ni muerto,
a tientas penetrando en su substancia,
llenándose hasta el borde de sí mismo.
Primero fue el extenderse en lo obscuro,
hacerse inmenso en lo inmenso,
reposar en el centro insondable del reposo.
Fluía el tiempo, fluía su ser,
fluían en una sola corriente indivisible.
A zarpazos somnolientos el agua caía y se
levantaba,
se despeñaban alma y cuerpo, pensamiento
y huesos:
¿pedía redención el tiempo,
pedía el agua erguirse, pedía verse,
vuelta transparente monumento de su caída?
Río arriba, donde lo no formado empieza,
el agua se desplomaba con los ojos cerrados.
Volvía el tiempo a su origen, manándose.

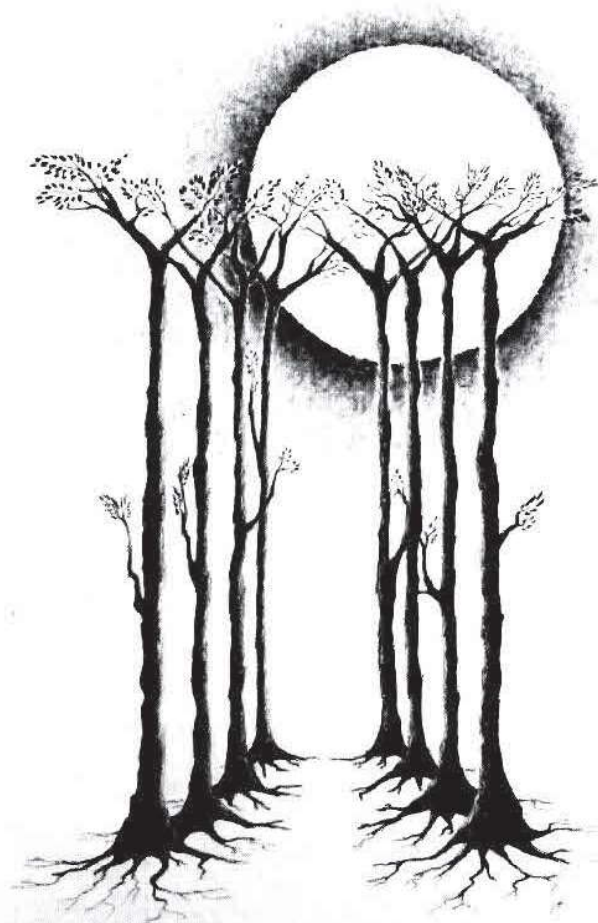
Y de pronto soy aspirada del hueco profundo
de la noche. Un dolor terrible me acongoja.
Tengo la impresión de haber pasado mucho
tiempo extraviada en el silencio. Serpenteo el
río, giro entre los árboles, las palabras estallan
en mi memoria. No sé de dónde vengo ni
adónde voy, pero me siento ligera y fluida
para enredarme en las lianas y balancear las
grandes hojas de las palmeras. Rozo un samán
y una lechuza asustada levanta el vuelo, paso
a un caoba y sus ramas muertas empiezan
a desprenderse. En torbellinos remonto al
cielo, mi dolor se calma, en ráfagas desciendo
hasta la orilla sacudiendo matorrales, y
breñas secas. Agito los arbustos, remuevo el
fango donde se pudren los mangles. Corro
erizando las aguas de la ciénega. Traigo en
mí el sabor del mar y toda la arena arrancada
a las islas del Caribe. Conmigo cantarán los
pájaros y con reflejos de nácar brillarán las
mariposas. Quiero quedarme oscilando entre
el polvo, pero algo me lleva y me trae, me
empuja y me envuelve como si en alguna
parte me esperara una memoria.

INFECCIÓN (1966)

// Andrés Caicedo

Todo era igual a las otras veces. Una fiesta. Algo en lo cual uno trata desesperadamente de cambiar la tediosa rutina, pero nunca puede. Una fiesta igual a todas, con algunos seductores que hacen estragos en las virginidades femeninas... después, por allá... por Yumbo o Jamundí, donde usted quiera. Una fiesta con tres o cuatro muchachas que nos miran con lujuria mal disimulada. Una fiesta con numeritos que están mirando al que acaba de entrar, el tipo que se bajó de un carro último modelo. Una fiesta con uno que otro marica bien camuflado, y lo más chistoso de todo es que la que tiene al lado trata inútilmente de excitarlo con el codo o con la punta de los dedos. Una fiesta

con muchachas que nunca se han dejado besar del novio, y que por equivocación son lindas. Y también con F. Upegui que entra pomposamente, viste una chaqueta roja, hace sus poses de ocasión y mira a todos lados para mirar-miradas. Una fiesta con la mamá de la dueña de casa, que admira el baile de su hijita pero la muy estúpida no se imagina siquiera lo que hace su distinguida hija cuando está sola con un muchacho, y le gusta de veras. Una fiesta donde los más hipócritas creen estar con Dios, maldita sea, y lo que están es defecándose por poder amachinar a la novia de su amigo... piensan en Dios y se defecan con toda calma mientras piensas en poder quitársela. ■



LUISE FDEZ '0